

pales, visten esta nueva Palestina: (1) se extienden considerablemente, y bien pronto nuestra vista se aparta de ellos, cansada por su notable aridez y monotonía. Este es el *Malpaís*.

Ya queda á nuestra espalda; la alta cumbre de Perote, hacia la que hemos venido, y cuya falda occidental vamos pasando ya, dejándola á la derecha, está en este momento limpia de nubes: lo que al principio no podíamos comprender, (¿por qué este cerro se llama cofre?) está ya explicado: aquella alta y enorme peña que forma el pico más saliente de la cresta, y que todavía tenemos hacia el Norte, presenta, en efecto, la forma de un baúl visto por la cabecera. Perote es aquel pueblito que tenemos ahora al frente, caminando al Norte.

¿Qué figurón tiene aquella casa grande sobre su zaguán?

—Parece réloj. ¡Ah! bah! ya está visto: un meridiano con la forma de una carátula. ¿No ve vd. que abajo dice: *Mesón del Cuadrante*?

—Pues á él, porque las quince leguas pesan y siendo ya las cinco y no habiendo comido más que para la renta de los frailes, parece que hasta pasó la hora de almorzar.

¹ Por lo menos se semeja mucho este punto á la idea que yo he formado de allá.

—;Huésped!

—Señor!

—Chocolá. . . . ó, digo, un cuarto.

—El cincuenta y uno, señor.

—Otro.

—El diez.

—¿Hay caballerizas?

—Muy buenas.

—Pues pie á tierra .

—¿Qué tal mesón, señor? me preguntó Villanueva.

—En cuanto á limpieza, le dije, está tan bueno como el de Balbuena: en cuanto á amplitud y comodidad aventaja éste tanto á aquél, como es más numerosa la concurrencia de este camino que la del de Maravatio.

—Mire vd. los letreros: *Cuarto de equipajes; Fonda; Entrada al comedor; Huésped; Despacho; Cuarto de cocherón; Semillero; Pajar*. Ya ve vd. que en sólo esto están ocupadas ocho piezas, y todas amplias, con luz, bien conservadas. Vámonos inmediatamente á andar, porque se acaba la tarde. Y diciéndolo así, salimos calle derecha á la plaza de Pinahuizapa (que así se llama el pueblo y no Perote, que es el nombre del cerro).

La primera idea que me vino al verla, fué coger en peso la iglesia, que está en el costado

oriental, y volverla á poner en orden y simetría. La sensación penosa que hace sufrir la falta de ésta, me disgustó en todo el tiempo que dilatamos en andar hasta el Castillo, cuyo aspecto enteramente nuevo para mí, me agradó en extremo.

Como ignoro del todo el arte militar, no intentaré hacer una descripción de este edificio, que aunque lo juzgo inútil y está mal conservado, me parece hermoso y bien ideado.

—¿Dónde está el señor Oficial de Guardia?

—Adelante, nos contestó un soldado, y pasando la puerta exterior, haciendo otro tanto y la misma pregunta en la interior, nos encontramos con un muchacho á quien apenas apunta el bozo.

—¿De dónde vienen vds., señores?

—De Michoacán.

—¡Ah!

Y después de saborear este ¡Ah! por algunos segundos, de voltear la cabeza hacia adentro con una indecisión muy notable, y de alzar-se la gorra varias veces:

—Querrán vds. pasar, ¿no?

—Si vd. nos lo permite.

—Pues . . . pasen.

—Cabo, avise vd. á los centinelas que pueden pasar los señores.

Y los tales señores, libres ya de esta formalidad, se apresuraron á hacer su visita.

Un gran cuadro de edificios bajos, contiene otro de dos y hasta tres altos, en cuyo centro está la plaza de armas. Está toda enlozada: en su lado occidental se ven dos brocales que corresponden á dos grandes aljibes abiertos bajo de él, y que reciben las aguas llovidas sobre todo el edificio; nos asomamos por el uno de ellos y lo vimos seco: son muy profundos. A la izquierda de la puerta, por donde entramos, y en el primer cuadro de edificios, á donde salimos de nuevo desde la plaza, está la única escalera abierta de las cuatro que ocupan los ángulos internos del edificio exterior: la subimos, y lo primero que se ofreció á nuestra vista fué un soldado al lado de un pedrero.

—Se sirve vd. decirnos ¿qué es esto?

—Pedrero; mire vd. la granada, añadió, destapándolo; pero sólo sirve para el ejercicio. Yo me acerqué más y vi las armas españolas con el bien conocido *plus ultra*.

—¿Gusta vd. de indicarme el calibre de este cañón?

—Lo ignoro, mi señor; yo no soy artillero, aunque en Ulúa desempeñé esta arma, fué tan poco tiempo, que no tuve el de aprender cosa.

—Luego ¿vd. estuvo en Ulúa?

—Sí, á Dios gracias.

—Y ¿qué tales son los franceses?

—Nada valen, si vd. les quita la superioridad de las armas.

—¿Por qué se rindieron vds., pues, si ellos nada valen?

—Porque habíamos tenido muchas desgracias: ya uno de los repuestos había volado, la mayor parte de nosotros estaba herida, no había municiones, ni artilleros; pero no nos faltaba gana, cuando el caballero alto voló, los soldados que estaban más á la mano, salimos á formar muralla con nuestros cuerpos: esto nos hizo apreciar de los franceses en términos de que, cuando tomaron posesión del Castillo, nos trataron lo mejor que pudimos desear; y varios de ellos exclamaban al ayudar á nuestros heridos: «Pobre mecsicane valient.»

—Y ahora, ¿qué hacen vds. aquí?

—Damos guarnición en donde no es necesario; recibimos en la mañana un trago de mal aguardiente y tlaco de cigarros; y entretenemos el hambre con unos malditísimos alverjones, que son, con pambazo, la única comida que nos dan.

—Compadre, (le interrumpió otro soldado que llegaba) no tires la lumbre; señores, bue-

nas tardes; el tiempo está muy cargado, la niebla muy fría, ¿para qué venir con tan mala tarde?

—Porque no queríamos, le contesté, dejar de ver el Castillo.

—Pues sólo vienen vds. á ver lástimas. Ni medio real de sueldo, chinguirito y . . . (lo mismo que el otro nos había dicho): eso en cuanto á nosotros; por lo que hace al edificio, ya habrán vds. visto allá abajo las varias cuarteadas que tiene: este pabellón que ve al S. tiene ya fallas considerables; miren vds. esos cañones desmontados, esas cortinas despostilladas, esos charramplanes (1) perdidos, esas cureñas con sólo medias ruedas. Este castillo tan bonito, tan útil, en donde he aprendido todos los ejercicios de mi arma, se ve abandonado del Gobierno.

—¿Cómo ha de ser, amigo! El Gobierno no puede pensar ahora en la fortificación de Perote.

—Ni ¿cuándo ha pensado? Per., señores, yo interrumpo á vds., pásense.

—Acompáñenos vd.

—Con mucho gusto.

1. Llámense así los planos inclinados en que juegan las cureñas, cuando retroceden al disparar los cañones.

—¿De dónde viene el agua para el foso, cuando sea necesario?

—De esa caja que ve vd. á la derecha de la entrada: cuando fuera preciso, bastaría un cañonazo para romperla y hacer caer en él el agua que contiene.

—¿Han tenido vds. aquí alguna acción?

—No, señor; cuando los generales Calderón y Rincón vinieron á sitiár al Sr. Santa-Ana, este señor se les escabulló antes de llegar á las manos; vea vd.: en ese pabellón (señalando el del S.) estuvo el Sr. Santa-Ana.

—Y este cuarto ¿para qué es?

—Su letrado lo dice, lea vd.: *Repuesto número 1*. Aquí hay pólvora; todo ese pabellón del S. está lleno de municiones y útiles.

—¿De qué calibre es este cañón primerero, cuyo fuego da sobre el puente? ¿Es de veinticuatro?

—No, señor; sino de ocho, como lo ve vd. escrito sobre esas balas que le corresponden.

Vimos, en efecto, junto á él, así como al lado de todos los otros, unos bastidores de madera que contenían las balas de cada uno. Con blanco estaba escrito sobre ellas, así el calibre á que correspondían, como el número que había de ellas; el que en aquel momento fijaba nuestras miradas, decía: De á «8=360.»

—De á veinticuatro, siguió diciendo el arti-

tillero, no tenemos más que cuatro; de los que uno está desmontado. Si vds. quieren verlos, vamos hacia aquella esquina (señalándonos el N. O.) Fuimos, en efecto, y nos enseñó los tres montados y el otro tirado sobre la azotea, medio cubierto de zacate.

—¿Cómo! ¿Pues qué, esta yerba no perjudica?

—Sí, señor, y mucho; pero desde que se llevaron los presidarios que teníamos aquí, para que sirvieran contra los franceses, no hay quien ponga mano en reparos ni conservaciones.

Al pensar ya en irnos, notamos que la que juzgábamos escalera en contra-esquina de la que subimos, es un plano inclinado para subir cureñas, cañones y demás necesarios. Ya estaba obscuro, y, aunque contra voluntad, nos despedimos de los soldados y salimos á paso largo, del Castillo.

—¿Qué le parece á vd. el Castillo?

—Que es muy bonito, ó al menos que tal me lo parece, tal vez por ser la única construcción de su género que haya visto hasta hoy, contesté al señor E., que me hacía esta pregunta. Pero, ¿no es lástima, seguí diciendo, que se haya adelantado tanto en el arte de matar á los hombres, cuando apenas se han dado tres ó cuatro pasos en el de curarlo? ¿No

es lástima que nuestras pasiones hayan puesto á la especie humana en la necesidad de emplear tantos entendimientos y tantas producciones de la industria de sus individuos, en perjudicar y evitar perjuicios? ¿No es lástima comparar San Andrés en México, el Hospicio en Puebla, San Juan de Dios en Morelia, y todos nuestros hospitales con esta fortaleza? ¿No es lástima ver aquí tanta precisión, amplitud, comodidad, solidez, hermosura; y allá tanto desorden, estrechez, molestia, debilidad y tristeza?

—Pero estas son siempre obras de los Gobiernos, y aquellos lo son de la beneficencia de algunos particulares ó corporaciones.

—Pero ¿no es lástima que los Gobiernos sean menos benéficos que los particulares, y que tengan que ocuparse de esto, antes que de aquello?

Sábado 16 de Marzo de 1839.

—Buenos días, me dijo, saludándome un joven que la tarde antes había visto muy amigo del dueño del mesón.

—Los deseo á vd., mi señor.

—Me aseguraron anoche que vd. estaba curioso de saber si la palabra Perote era totonaca ó castellana: yo tengo algún conocimien-

to de aquél, por haber estado en las haciendas, gusto mucho de esta especie de indagaciones y venia á decir á vd. que Perote es corrupción de la palabra castellana Piedrote; porque al hacer el pueblo éste, tuvieron que quitar una piedra muy grande: así lo supe aquí de los viejos del país, desde antes de irme á las haciendas; y aun estando en ellas, me repitieron lo mismo.

—Pero, señor, anoche había yo adquirido la noticia de que este pueblo se llama en una lengua americana Pinahuizapa, y según vd. dice ahora, su nombre es Perote.

—Sí, señor; su actual nombre es éste, y es cierto que el antiguo era el que vd. dice; como lo es, que su origen es el mexicano.

—Dispense vd.: la interpretación que he oído dar al nombre es: *agua que tiene vergüenza*. La palabra que en mexicano me han hecho conocer, como correspondiente de la castellana agua, es *atl*; y en verdad que el nombre, tal como me lo he hecho pronunciar muchas veces y como yo lo he repetido, después de aprenderlo, es tal como ya lo dije; y no oigo yo en sus cinco sílabas, nada que diga agua. Esto todo es en cuanto al origen mexicano que vd. quiere dar á la palabra: con respecto á la piedra de que vd. hablaba, creo

más sencillo llamar pedrusco, piedrota, pedrote, al banco de roca que tan singular figura hace en el cerro, que no el venir á buscar en su falta otra gran piedra que quitar sin objeto, para fundar un pueblo, que lo mismo estaría á cien varas más ó menos hacia cualquiera rumbo.

—Pues, señor, como yo he estado en las haciendas, he tenido oportunidad de saber algo de totonaco; en él la agua se llama *scan*, y vd. ve que no se encuentra esta palabra en el nombre Pinahuizapa, como tampoco se halla *atl* mexicano.

—Sin embargo, señor, permítame vd. observar que es más fácil hacer Pinahuizapa de Pinahuis-*atl*, que no de Pinahui-*scan*; mas sea de esto lo que fuere, ¿sabe vd. por qué el agua mereció aquí el nombre de *avergonzada*?

—Sí, señor; aseguran que antiguamente sólo venía el agua de noche, lo que, aunque yo lo tengo por un imposible, dió lugar á llamarla así.

—No me parece á mí tan imposible: las fuentes intermitentes, como vd. sabe (ó no sabrá, pensé entre mí), corren á periodos fijos ó variables, y suspenden lo mismo su curso; y aunque no fuera yo capaz de explicar cómo, ni aun conociendo bien las localidades y aun

cuando durase todavía este fenómeno, no encuentro imposibilidad en suponer que ésta sería tal, que su corriente y suspensión fuese del día á la noche; y que causas tan poco fáciles de conocer, como las que la mantuvieron así muchos años, podían también haber cambiado sus conductos y héchola perenne. Dejemos esto. ¿Es muy difícil al subida al Cofre?

—No, señor; mi hermano, cuando yo estaba en las haciendas, subió con otros amigos y, entre ellos, muchos oficiales del 10 de caballería llevaron y pusieron sobre él una bandera de dos piezas de jamán, y cuando el aire la desplegabá, parecía desde aquí un pliego de papel; arriba hay siete lagunas, la mayor de las cuales, que se llama Tilapa, ministra el agua que viene aquí y que provee, al Castillo. Los aficionados á la caza suben con frecuencia y traen leopardos, ciervos, uno que otro tigre, gatos y muchas especies de aves.

—Señor, me dijo á ese tiempo Villanueva, me compran mi caballo, ¿lo vendo?

—Y ¿por qué no?

—Me ofrecen pagármelo bien, voy á pasearlo. ¿Cuánto pido?

—Doscientos pesos y no lo dé vd. en menos por la necesidad que tiene de comprar otro,

lo que le costará caro; así por la dificultad que siempre hay de encontrar caballos de buen paso y sin resabios, como que en estos países son un efecto escaso, y por lo mismo caro.

—Pues voy á ver.

Mientras se acabó de aprestar nuestra marcha, mi hombre de las haciendas continuó contándome que los indios de la sierra se distinguen en cada pueblo de ella por el corte del vestido, que generalmente consiste en calzón corto y la dalmática, de que ya he hablado: las diferencias son pequeñas, como que consisten en tener ó no botones; ser más ó menos largos; ir fajados de este modo ó el otro; pero son tan uniformes y constantes, que bastan para que un práctico diga desde la primera ojeada: «este es de Naulingo, este otro de Mestitlán, etc.» El color es en general azul para ambas piezas externas. Pueblos hay que llevan camisa y muchos otros que no la usan. El calzado de todos es el guarache, sin distinción.

—No pasan de cien pesos por el caballo, y así no hacemos nada, dijo el Sr. Esteves.

—Pues vámonos, contesté; y despidiendo al señor de las haciendas, salimos á las siete de la mañana.

Esta era hermosa. El Cofre, que ya no lo parecía, á nuestra derecha; el Castillo, á la izquierda; á la espalda, Pizarro, y detrás de él, aunque bien lejos, la Malinche; á nuestro frente, nubes tan bajas, que si el camino hubiera continuado dos horas al mismo nivel, nos vamos muy por encima de ellas.

—Señores, buenos días; dijo, alcanzándonos, el dueño de *Posada Nueva*, el mismo que quería comprar el caballo; me resolví á alcanzar á vds. porque habiéndoseme ofrecido un negocio en Cruz Blanca, quise llegar allá con la buena compañía de vds.

—Gracias, por el favor que vd. nos hace.

—Vds. ¿siguen hasta Jalapa?

—Sí, señor.

—Si tal hubiera sabido, habría apresurado un viaje que tengo que echar allá; todos son mis amigos, conozco bien la villa (que es ahora ciudad, agregó), y yo podría dar á vds. noticias interesantes, y enseñarles cuanto quisieran. Ud. gusta de idiomas, siguió, dirigiéndose á mí: mi compañero del otro mesón me lo dijo así; y que Pepe había encajado á vd. en la cabeza, que *Perote* viene de una piedra que sacaron en el pueblo ahora cien años; pero bueno es que yo, que tengo los conocimientos necesarios, desvanezca ese error é illustre la ig-

norancia de vd. y él, haciéndole saber que el primer fundador de este pueblo fué un viejo muy emprendedor, muy activo, muy alto y muy grueso; razones todas por las que le llamaban Pedrote, cuya *d* fué perdiendo por *epichifrasís*, hasta que corruto ya el nombre, quedó en lo que vd. ha oído hoy.

Este es, en resumen, el mayor jugo que pude yo sacar de una larga conversación, llena de términos tan chocantes como risibles y nuevos para mí. Y héme aquí con la ventaja de tener dos etimologías, sobre un punto tan eminentemente interesante, cual es saber de dónde viene la palabra Perote.

—El señor no quiere dejarnos su caballo, continuó dirigiéndose al señor Esteves y señalando á Villanueva; yo los dejé que continuaran su discusión, cuyo resultado fué que un poco adelante de Cruz Blanca volviéramos á pararnos para la entrega del tal cuaco, como decía el comprador; quiendió en el acto los doscientos pesos fuertes. Este se entregó, con harto dolor mío, por el peligro que había en excitar la codicia de algunos ladrones, en una casuca de otate, como lo son todas las del camino, desde Dos Ríos, acá.

Las de Cruz Blanca, Paso de Viga y demás puntos de ese rumbo, son de anchos cuarterones

de madera, con sus techitos de zacate en ángulos tan agudos, que ni se puede entender cómo se sostienen, ni cómo los ponen al formarlos.

Un poco antes de llegar á la Joya, el terreno presenta un aspecto singular que no he visto en parte otra alguna; una sustancia muy parecida á nuestro tezontle, ó el mismo, hervido y formando grandes ampollas, cansa la vista con su monotonía y pasma la imaginación al ver bien mantenidos sobre él muchos vegetales lozanos, especialmente algas y musgo, de grandes dimensiones. El Sr. Esteves tuvo un ataque de estómago, que nos hizo entrar en el más serio cuidado y me quitó la gana de reconocer esto más de cerea: no vino á reponerse sino hasta Cruz Verde.

El camino todo es bajada, con una ú otra subida accidental; parece que la enorme elevación á que llega la llanura de Toluca, debe considerarse como la meseta ó descanso de una escalera que va subiendo por gradas. El primer plano de ellas es el valle de México; el segundo, el de San Martín; el tercero, el de Ojo de Agua hasta Perote, llamado en el país simplemente el llano; el cuarto, el del Lucero; y el quinto, por último, la playa.

En el país tienen un modo muy particular

de computar las leguas. Quince y de talla muy larga, contamos nosotros, calculadas sobre la duración de la jornada y el paso que llevamos hasta Jalapa; y, sin embargo, al salir de Perote, nos aseguraron que eran doce cortas. La Cuesta del Soldado, que comienza desde San Miguel del mismo nombre y termina en el mismo Jalapa, ocupa casi una tercera parte del camino, y un viejo práctico con quien venimos gastando saliva desde Cruz Blanca hasta Cruz Verde, nos aseguró que tendría cuando más dos leguas. Un pastor, en el camino de Amozoque á Acajete, nos dijo que distábamos dos leguas de éste; y al cuarto de hora, habíamos ya pasado el pueblo. Nuestro práctico de la Joya nos dijo que se llamaba del Veladero el pequeñísimo llano que lleva este nombre, un poco acá de la Joya y sobre el terreno negruzco que ya he dicho, á causa de que las conductas españolas paraban regularmente en él y eran veladas con más eficacia que en los demás puntos, por ser éste en aquel tiempo el único peligroso.

Jalapa, Sábado 16 de Marzo 1839.

—Ni cuarto, ni caballeriza, nos dijo secamente el huésped del inmundo mesón que está en la plaza; y esto, aunque nos obligaba á an-

dar más á las seis de la tarde y lloviendo, me gustó, sin embargo, porque la mala facha é insufrible fetidez de la posada, la hacían propiamente repulsiva. Salimos otra vez, no sin fijar la atención de todos los ociosos, que en todas partes abundan; y continuando hacia abajo, por el ramal de la izquierda (de dos en que se divide por una cuña de edificios que la abren), la calle por donde entramos, nos condujo al otro mesón.

—¡Cuartos!

—No hay más que uno.

—¿Y caballeriza?

—Ninguna.

—¿Qué hacemos?, me preguntó el señor Esteves.

—Apearnos.

—Pero, ¿los animales?

—Quedarán en el patio.

—Eso no puede ser.

—Pero, ¿qué quiere vd? Ya hablé al huésped, ya hice que intercediera por mí ese francés del barragán, que parece ser de su familia, ya vi las caballerizas, y aunque reuniéndose en una sola los animales que hay en dos, pudieran caber los nuestros, es seguro que los dueños de aquéllos no querrán maltratar los suyos, porque estén bien los ajenos: posadas, no

hay; casas en que quierendarla, tampoco; la de diligencias no tiene caballeriza, con que. . .

—Pero los animales no pueden quedar en el patio.

—Pues vea vd. como les consigue un lugar en la parroquia, ó en la sala del Ayuntamiento. Si cupieran en nuestro cuarto y quisiera el huésped, se lo cedería por dar gusto á vd.

—No, no digo yo eso; sino que van á pasar muy mala noche con la lluvia y á no poder comer en el patio. . . .

Lo dejé para no impacientarme más.

Un grande orgullo nacional, una irresistible tentación á hacer cálculos de lueros, una mansión de doce años en la República, cuarenta nochebuenas, con cuerpo derecho como un huso, una cara flaca y un todo poco reparable, iban encubiertos con un ancho sombrero de palma y un mal barragán azul; y eran las principales prendas de alma, de cuerpo y de vestuario que adornaban á Tomás Henrie, francés de nacimiento y de lengua, judío de corazón, mexicano de conveniencia y alquilador de tres únicos caballos, por oficio y por necesidad. Se había hallado en las últimas filas que sostuvieron á Napoleón y aunque había sido como casualmente, por pocos días, y de

simple soldado, se creía sin embargo autorizado para mentir como un general.

Por supuesto que no pude desde luego notar todo esto, pero su trato en los doce ó catorce días que nos acompañó como guía, me lo hizo conocer, tal como he procurado describirlo.

Nuestro huésped es un buen viejo, regañón como se es á su edad; de calzón corto, azul, de pana, moda que ya va pasando; de bolita vaquera; zapato de ala y ancho paño amarrado en la cabeza, como lo exige el clima y lo acostumbra los tñosos. Tiene mucha familia, sus hijas son bonitas, como la mavor parte de las jalapeñas; y una de las casadas vive en el mesón y tiene ya hijos. La intimidad con que tanto ella como el viejo tratan á Henrie, nos hizo creer que era su esposo; mas después nos desengañó él mismo, asegurándonos estar casado con una paisana suya, á quien sencillamente llama la *Señora*.

Nuestro huésped dispuso que nuestros caballos comiesen el maíz echado sobre el suelo de la espalda de su habitación, que ocupa dos terceras partes del frente del edificio y forma el lado oriental del patio. El señor Esteves se opuso, hizo ver muy largamente que esto sería perder á sabiendas nuestro dinero,

y que su opinión era que se echase paja. Por fortuna un zacatero (1).

.....

.....

1 Palabra que también falta en nuestro Diccionario Hispano-Mexicano y que significa el que vende zacate seco (heno en Europa) ó fresco (forraje) de cualquiera especie que sea: es voz castellana tomada de.....



CIRCULARES

Navegación del Atoyac

Gobierno del Estado de Michoacán.—Exmo. Sr.—Reconozco la exactitud con que dice V. E. en su oficio de 27 del próximo pasado, que por el decreto general de 26 de Mayo de 1851 se obstruyó la grandiosa empresa de la navegación del Atoyac; y como no crea que ni su letra, ni aun el espíritu del mismo decreto, contraríe el proyecto que inicié en mi comunicación de 17 del propio mes, de que sean los Estados directamente interesados los que hagan el reconocimiento mandado practicar por el art. 1.º del citado decreto; deseaba por esto que cada uno de ellos tuviese en México un representante, que al tiempo mismo que organizase la parte económica del proyecto, se en-